

EL DEFENSOR DEL OBRERO

DE LA LUCHA

Mirando al porvenir

Nuestras clases directivas nos llevan al desmoronamiento nacional. La ambición desmedida de los unos y la irritante indiferencia de los otros, paralizan la vida de la patria, hundiéndola en la inercia, en la apatía y en el abandono.

En los áridos desiertos de nuestro largo historial político, no se han descubierto oasis redentores que atenuaran el cansancio y el desaliento de nuestro pueblo, en su larga y fatigosa peregrinación hacia el ideal.

Nuestra raza prostituida bajo las égidas revolucionarias que conmovieron la nación con luchas internas y conspiraciones bastardas, se degenera y acobarda, contemplando el paso de la actividad y la grandeza, con un estoicismo suicida.

El espíritu calcolista de nuestro tiempo, encaminado al escepticismo y a la incredulidad; sin fe en sus actos, sin iniciativas redentoras amengua y debilita, en vez de robustecerlo y elevarlo, el santo concepto de la Patria.

Las luchas sociales tienden a sembrar el pánico y el terror entre las clases acomodadas, sin objeto alguno de orden, ni de justicia; sino de robo, de pillaje y de matanza; destruyendo todo principio de autoridad, extinguiendo las sanas creencias de la moral, para realzar el impudor, la mancebía y la prostitución. Las campañas que contra nuestro pueblo se vienen haciendo en el extranjero que ayer pisoteó nuestra bandera y hoy escarnece nuestra condición; que se inmiscuye en nuestros asuntos interiores sin que hasta la fecha haya surgido una protesta airada contra tanto desmán, tanta felonía, tanta bárbara sinrazón, da una prueba evidente de nuestra decadencia, de nuestro espíritu servil, de nuestra resignada situación de parias.

Las clases directivas no se ocupan más que de la política de balancín, ya inclinando la balanza de las bondades y los dones hacia el platillo de la izquierda o cargándolas hacia el de la derecha. Pero

sin un gesto de dominio, sin el alto ideal de un programa justiciero que despreciando amenazas y castigando insolencias llevaran a la realización confiados en el cumplimiento del deber.

Con esas miras de temores y de sustos, Rómulo no hubiera acometido la gigante empresa de convencer y aplacar a los Sabinos, para engrandecer a Roma y hacerla fuerte y poderosa. Con esas flaquezas, Licurgo, no hubiera hecho de Esparta, un pueblo de honrados ciudadanos y bravos patriotas, ni hubiera impuesto sus leyes sabias, altruistas y redentoras.

Al frente de la masa colectiva que forma la «energía pueblo», sin iniciativas, sin sentido emprendedor, sin conocimiento pleno para hacer girar la rueda que mueve la vida de los pueblos—por ser heterogénea, disconforme en todos sus actos—hay que poner la energía autoridad, superior en talento, elevada en criterio y en amplio criterio intelectual, que con entereza, con tesón y con bríos, imponga sus leyes y ordene sus mandatos, que has de redundar en el bien colectivo.

Ante la situación tan angustiosa porque atraviesa nuestra Patria, es imprescindible que se obre el milagro de que surjan hombres sabios, enérgicos, de altas miras sociales que despreciando las campañas infamantes de la Europa consciente, laboren por llevar nuestra nación a la ventura, con los ojos puestos en el porvenir...

LUIS DE CASTRO

Sobre el sepulcro de un artesano

Hombre opulento que a mi tumba llegas
(gas
y miras con mirada desdeñosa
el pobre ornato de mi triste losa;
¿piensas ser más que yo? Mucho te cie-
(gas.

Esc boato necio que despliegas
es ilusión fugaz de mariposa:
y en el borde desagua de la losa
ese río de plata en que navegas..

Yo que miro las cosas de ultratumba
cara a cara (y sabrás que nunca el oro
con tu halagüeño brillo aquí ilusiona).
te aviso desde el fondo de esta tumba.

(ba,
que nadie encuentra aquí mayor tesoro
que aquel que en vida menos ambicio-
(na.

EMILIO R. SADIA, S. J.

Estudios Sociales

A medida que se ha ido dando entrada en las naciones a los elementos anárquicos y disolventes y concediéndoles más amplia libertad, se ha ido coartando la de los religiosos y obligándolos indirecta ó directamente a dejar el suelo patrio. Es natural; el error y la maldad son tolerantes con toda clase de aberraciones y crímenes, pero no pueden tolerar a la verdad y al bien. No sorprende esto a los expulsos: ya les anunció su divino Maestro que les enviaba como ovejas entre lobos, y que serían perseguidos y odiados y calumniados y arrojados, y que habría pueblos que no los querían recibir: en estos casos cumplen con lo que el Señor les encargó y tiemblan por los que así obran con ellos, al recordar aquella divina sentencia: «Cuando no quieran recibirnos ni escuchar vuestras palabras, saliendo fuera de la tal ciudad, sacudid el polvo de vuestros pies: en verdad os digo que Sodoma y Gomorra serán tratadas con menos rigor en el día del juicio que la tal ciudad.»

Las oraciones de niño

Era el año 1832. Yo estaba entonces agregado al clero de San Roque. Había explicado mucho tiempo el Catecismo a los niños, no solamente el Catecismo general, sino también el de perseverancia, al cual asisten los jóvenes hasta que se casan.

Con este motivo, fui llamado un día para bendecir el matrimonio de una joven muy piadosa que había asistido asiduamente a nuestros Catecismos de perseverancia, hasta la hora de este gran acontecimiento. Se desposaba con un joven muy cristiano; de suerte que era uno de esos matrimonios que se pueden bendecir con consuelo y esperanza.

Generalmente en esas ceremonias se dice una pequeña plática. Yo hice la de costumbre, y me acuerdo aún que durante ella tuve una distracción. El que me la ocasionó fué un hombre de seis pies lo menos de estatura, el único que continuaba de pie, mientras todo el mundo se sentó, mi-

rándome fijamente, y como era el primer testigo estaba muy cerca de mí.

Esta proximidad, su estatura, su aire original, su mirada fija en mí tan de cerca, habían llamado un instante mi atención.

La ceremonia acabó, me retiré, los novios se fueron, y creí que todo había terminado.

No del todo sin embargo. A la mañana siguiente, a las cinco, llamaron a mi puerta. Era el novio que venía a buscarme precipitadamente para un enfermo en peligro de muerte, y el enfermo era su mismo tío, el hombre que la víspera me distrajo. Anciano de setenta y cuatro años, se había enfriado durante la ceremonia. El médico había dicho que su estado era gravísimo. Salí en seguida y, para ilustrarme, fui haciendo algunas preguntas al que había venido a buscarme.

—¿Vuestro tío es buen cristiano?

—Es un buen hombre pero tememos que sea muy negligente para con sus deberes religiosos.

—¿Tiene idea de la gravedad de su estado?

—Sí, no se forja ilusiones.

—¿Es él el que me quiere ver?..

—Sí. Cuando le hemos preguntado si desearía ver a algún sacerdote no ha rehusado; y preguntándole cuál, dijo en su peculiar lenguaje:

—El que vi ayer me ha gustado; ese hará bien mi negocio.

Llegamos a un hotel lujoso, pues, aunque provinciano, para asistir a la boda de su sobrino se había instalado en un hotel (no paso nunca por su puerta sin mirarlo con emoción). Entré, me dejaron solo con él, encontré al anciano acostado en su lecho y moribundo. Me acerqué a él y me tendió la mano sin afectación, sencillamente, con un no sé qué de lealtad y franqueza.

—Voy a morir—me dijo—y quisiera hacer lo que se hace en semejantes casos. Tengo 74 años, hace sesenta que no me he confesado... Soy un viejo militar, ¿qué quiere usted? Me alisté a los 14 años: he hecho todas las guerras de la Revolución y del Imperio; no he pensado nunca en Dios pero yo no sé por qué, siento la necesidad de no salir de este mundo sin haberme reconciliado con Él, como si lo hubiera conocido.

Conmovido de su sencillez y de su acento, extraordinariamente sincero.

—¡Bien!—le dije—os voy a dar una penitencia.